

ESTUDIOS CLÁSICOS

2021 ISSN 0014-1453 18€



Harm Pinkster El tiempo presente en la *Eneida* de Virgilio · **Julián Marrades Millet**
Racionalismo y visión trágica en el *Edipo Rey* de Sófocles · **Felipe G. Hernández**
Muñoz El fragmento del discurso *Contra Timandro* en el nuevo Hiperides: presentación,
traducción y notas · **Marc Vandersmissen** Metatheatrical Procedures and Comic
Creation in Menander · **María José García Soler** *Kai* como adverbio de foco en las
declamaciones etopoéticas de Libanio · **Ignacio Etchart** La *Anacreóntica* 38 como
una obra de tres autores · **Guillermo Aprile** ¿Es el rey un narrador fiable? Verdad,
testimonio e historia en Curcio Rufo y Arriano · **Eveling Garzón Fontalvo** Propuesta
didáctica para integrar literatura y pervivencia: Medea y Antígona toman la pantalla

159



Estudios Clásicos (EClás), con ISSN 0014-1453, es una revista de periodicidad semestral que fue fundada en 1950 y es el órgano de difusión de la Sociedad Española de Estudios Clásicos (SEEC). Consta de dos secciones: Artículos y Reseñas. La revista recibe contribuciones relacionadas con el mundo grecolatino y su pervivencia, que se pueden inscribir dentro de los apartados temáticos de *Investigación y Didáctica de las lenguas clásicas*. Además de estas secciones, la revista ha creado la sección *Investigador invitado*, destinada a la publicación de un artículo traducido al castellano de un investigador extranjero que ofrezca nuevas aproximaciones o aspectos relevantes sobre temas de interés de la SEEC.

Edición

Sociedad Española de Estudios Clásicos

Redacción y Correspondencia

Estudios Clásicos

Sociedad Española de Estudios Clásicos

c/ Serrano, 107

28006 Madrid (España)

Suscripciones

La revista *EClás* se distribuye en formato digital y en formato impreso. Si desea recibirla solo en formato digital o en formato digital y también impreso, puede solicitarlo en:

estudiosclasicos@estudiosclasicos.org

<http://estudiosclasicos.org>

91 564 25 38

Estudios Clásicos se encuentra en las siguientes bases de datos: ISOC, L'Année philologique (Aph), Latindex, Linguistic Bibliography/Bibliographie Linguistique, Directorio de Revistas Españolas de Ciencias Sociales Humanas, y Dialnet.

ISSN: 0014-1453

Depósito legal: M.567-1958

Imagen de cubierta: Relieve helenístico *Bailando en honor de Dioniso*, (50–30 a.C.), Museo Nacional del Prado, Madrid, <https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/bailando-en-honor-de-dioniso/afa2e6e1-4848-4da8-aa7b-50ac51c6c463>.

Diseño y composición: Sandra Romano, <https://semata.xyz>

Impresión: Solana e Hijos Artes Gráficas, SA
c/ San Alfonso 26, Leganés, 28917 Madrid

REVISTA DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS

Estudios Clásicos



VOLUMEN 159

MADRID ■ 2021

Estudios Clásicos

Revista de la Sociedad Española de Estudios Clásicos (SEEC)

DIRECTOR

Jesús de la Villa
Presidente de la SEEC

SECRETARIA

Belén Gala Valencia
Vicesecretaria de la SEEC

CONSEJO DE REDACCIÓN

Concepción Cabrillana Leal
*Catedrática de Filología Latina,
Universidad de Santiago*

Patricia Cañizares Ferriz
*Profesora de Filología Latina
Universidad Complutense de Madrid*

*Universidad Complutense de Madrid
Vocal de la Comisión Ejecutiva de la SEEC*

Rosa Mariño Sánchez-Elvira,
*Catedrática de Griego
del IES Gregorio Marañón, Madrid
Secretaria de la SEEC*

Francesc Casadesús Bordoy
*Catedrático de Filosofía
Universidad de las Islas Baleares
Miembro de la Junta Directiva de la SEEC*

Luis Merino Jerez
*Catedrático de Filología Latina
Universidad de Extremadura*

Victoria Recio Muñoz
*Centro de Formación de Profesorado
e Innovación Educativa, Valladolid
Vocal de la Comisión Ejecutiva de la SEEC*

M.ª Paz de Hoz García-Bellido
*Profesora de Filología Griega
Universidad Complutense de Madrid
Tesorera de la SEEC*

José B. Torres Guerra
*Catedrático de Filología Griega
Universidad de Navarra*

Antonio López Fonseca
Catedrático de Filología Latina

CONSEJO ASESOR

Antonio Alvar Ezquerro
*Catedrático de Filología Latina
Universidad de Alcalá de Henares
Expresidente de la SEEC*

Giorgos Giannakis
*Catedrático de Filología Griega
Universidad de Tesalónica*

Consuelo Álvarez Morán
*Catedrática emérita de Filología Latina
Universidad de Murcia*

Martha P. Irigoyen Troconis
*Catedrática de Filología Latina
Universidad Nacional Autónoma de México*

Emiliano Buis
*Catedrático de Derecho Internacional
y Profesor de Filología Griega
Universidad de Buenos Aires
Presidente de la Asociación Argentina
de Estudios Clásicos*

Juan Signes Codoñer
*Catedrático de Filología Griega
Universidad Complutense de Madrid
Presidente de la Sociedad Española de
Bizantinística*

Cecilia Criado Boado
*Profesora de Filología Latina
Universidad de Santiago de Compostela*

Jaime Siles Ruiz
*Catedrático de Filología Latina
Universidad de Valencia
Expresidente de la SEEC*

Grete Dinkova-Brunn
*'Fellow' del Instituto Pontificio de Estudios
Medievales
Universidad de Toronto*

Sofía Torallas Tovar
*Profesora de Clásicas y de lenguas y civiliza-
ciones del Próximo Oriente. Instituto Oriental
Universidad de Chicago
Presidenta de la Sociedad Española de
Papirología*

Índice

Contents

Investigador invitado Guest Researcher

- 5-21 HARM PINKSTER ▪ El tiempo presente en la *Eneida* de Virgilio / The Present Tense in Virgil's *Aeneid*

Investigación Research

- 25-46 JULIÁN MARRADES MILLET ▪ Racionalismo y visión trágica en el *Edipo Rey* de Sófocles / Rationalism and Tragic Vision in Sophocles' *Oedipus Rex*
- 47-60 FELIPE G. HERNÁNDEZ MUÑOZ ▪ El fragmento del discurso *Contra Timandro* en el nuevo Hiperides: presentación, traducción y notas / The Fragment of the Speech *Against Timandros* in the New Hyperides: Presentation, Translation and Notes
- 61-78 MARC VANDERSMISSEN ▪ Metatheatrical Procedures and Comic Creation in Menander / Procedimientos metateatrales y creación cómica en Menandro
- 79-97 MARÍA JOSÉ GARCÍA SOLER ▪ *Kaí* como adverbio de foco en las declamaciones etopoéticas de Libanio / *Kaí* as additive focus adverb in the ethopoietic declamations of Libanius
- 99-105 IGNACIO ETCHART ▪ La *Anacreóntica* 38 como una obra de tres autores / The Anacreontic 38 as a work of three authors
- 107-125 GUILLERMO APRILE ▪ ¿Es el rey un narrador fiable? Verdad, testimonio e historia en Curcio Rufo y Arriano / Is the king a reliable narrator? Truth, testimony and history in Curtius Rufus and Arrian

Didáctica de las Lenguas Clásicas Didactics
of the Classical Languages

- 129-147 EVELING GARZÓN FONTALVO ▪ Propuesta didáctica para integrar literatura y pervivencia: Medea y Antígona toman la pantalla / Didactic proposal for integrating literature and reception: Medea and Antigone on screen

Reseña de libros Book Review

- 151-153 Anne Carson (2007) *Hombres en sus horas libres* (HELENA MARIÑO)
- 154-156 Sotera Fornaro (2019) *Un uomo senza volto. Introduzione alla lettura di Luciano di Samosata* (PILAR GÓMEZ CARDÓ)
- 157-159 Antonio Serrano Cueto (2019) *El epitalamio neolatino. Poesía nupcial y matrimonio en Europa (siglos xv y xvi)* (JUAN CARLOS JIMÉNEZ DEL CASTILLO)
- 160-163 Santiago Carbonell Martínez (2019) *Griego Moderno. Nociones y recursos para el aula de griego antiguo* (ALICIA MORALES ORTIZ)
- 163-164 Rafael F. Vidal (2020) *Orfeo y Eurídice en la música y el cine* (HELENA GUZMÁN)
- 164-167 Julián Solana Pujalte & Rocío Carande (eds.) (2020) *Erasmus de Róterdam: Coloquios* (PABLO TORIBIO)
- 167-169 Jorge Juan Linares Sánchez (2020) *El tema del viaje al mundo de los muertos en la Odisea y su tradición en la literatura occidental* (MIGUEL HERRERO DE JÁUREGUI)
- 170-172 Francisco Rodríguez Adrados (trad.) & Pedro Redondo Reyes (ed.) (2020) *Heródoto: Historia*, vol. I, libros I-IV; y Pedro Redondo Reyes (ed. y trad.) (2020) *Heródoto: Historia*, vol. II, libros V-IX (JESÚS ÁNGEL Y ESPINÓS)

- 173-180 **Normas de publicación** Author Guidelines

Investigación

¿Es el rey un narrador fiable? Verdad, testimonio e historia en Curcio Rufo y Arriano¹

Is the King a Reliable Narrator? Truth, Testimony and History in Curtius Rufus and Arrian

GUILLERMO APRILE

Universidad de Salamanca
guillermo.aprile@usal.es

DOI: 10.48232/eclas.159.07

Recibido: 14/01/2021 — Aceptado: 12/03/2021

Resumen ▪ El episodio del acto heroico de Alejandro Magno en India, en el que casi pierde la vida durante el asalto a una ciudad, es aprovechado por dos historiadores —Curcio Rufo (9.5.21) y Arriano (*An.* 6.11.2–8)— para presentar sendas digresiones en las que se proponen refutar un mismo error: la presencia de Ptolomeo, futuro rey de Egipto, en ese evento. El presente trabajo se propone leer estos dos pasajes desde una perspectiva narratológica y de análisis crítico del discurso para plantear cuestiones como la idea de verdad histórica en la Antigüedad, las relecturas de las fuentes que hacían los historiadores y la construcción retórica del discurso historiográfico.

Palabras clave ▪ Q. Curcio Rufo; Arriano; Historiografía antigua; Retórica e historiografía

Abstract ▪ The heroic deed of Alexander in India, when he almost lost his life during the siege of a town, is used by two historians —Curtius Rufus (9.5.21) and Arrian (*An.* 6.11.2–8)— as a pretext to introduce a digression in their stories. They try to demonstrate the same fact: that Ptolemy, the future king of Egypt, was absent in that occasion. In this paper, I propose to read both passages under the perspective of both narratology and critical discourse analysis to raise some questions on issues as the notion of historical truth in Antiquity, the re-readings that historians made of their sources and the rhetorical structure of the historiographical discourse.

Keywords ▪ Curtius Rufus; Arrian of Nicomedia; Ancient Historiography; Rhetoric and historiography

¹ El presente trabajo se enmarca en el proyecto de investigación «La felicidad en la Historia: de Roma a nuestros días. Análisis de los discursos (FELHIS)» de la Universidad de Salamanca, financiado por el Programa Logos de ayudas a la investigación en el área de estudios clásicos de la Fundación BBVA y la SEEC.

1. Introducción

Hacia septiembre del año 326 a.C. la campaña de Alejandro Magno en la India se encontraba en un momento especialmente difícil. Tras ceder a las presiones de sus soldados, que se negaban a continuar la marcha hacia el este, la expedición emprendió rumbo sur hacia el Océano siguiendo el curso del río Hydraotes (el actual Ravi) a través de la región de Punjab, actualmente dividida entre Pakistán e India. En el sur de esta región se encontró con la resistencia de dos pueblos independientes, pero frecuentemente aliados, los malavas, llamados *Μαλλοί* en griego y *Malli* en latín, y los ksudrakas, llamados *Ὄξυδράκαι* o *Συδράκαι* en griego y *Oxydracae* o *Sudracae* en latín². Contra ellos se emprendió entonces una estrategia de terror, consistente en destruir ciudades a mansalva, para impedir que las dos naciones pudieran hacer frente común ante el enemigo (Bosworth 2003: 167-168). Sin embargo, cuando finalmente pudo concretarse la unión de ambos pueblos, los indios ofrecieron su resistencia final en una ciudad amurallada cuyo nombre no es mencionado por ningún historiador. Los invasores helenos consiguieron apoderarse rápidamente de las murallas, pero la resistencia de los nativos impidió que continuaran el ataque. Alejandro, notando que la moral estaba baja entre los soldados, subió a lo alto de la muralla y, acompañado solo por algunos de sus *somatophylakes*, se lanzó dentro de la ciudadela a enfrentarse cuerpo a cuerpo contra los enemigos. Luchó valientemente hasta que una herida de flecha en el pecho le hizo desangrarse hasta perder el conocimiento. Cuando el resto de los soldados consiguió entrar a la ciudad, creyendo que el rey estaba muerto, iniciaron una matanza de todos los habitantes; pero Alejandro consiguió salvar su vida gracias a un conjunto de médicos griegos que extrajeron la flecha de su cuerpo y lograron cerrar la hemorragia. Esta acción de arrojo, que recuerda a las aristías (*ἀριστεῖαι*) de héroes homéricos como Diomedes (Hom. *Il.* 6-7) o Patroclo (Hom. *Il.*

² Entre ambos pueblos existía una alianza tan firme y antigua que la épica india los identificaba bajo una única entidad, los *ksudrakamalava*. Esto podría explicar la frecuente confusión entre unos y otros habitual en autores grecorromanos; de hecho, muchos de los autores analizados en este trabajo — como Curcio — cometen el error de situar este episodio en el país de los ksudrakas, cuando verdaderamente tuvo lugar en territorio de los malavas (Bosworth 1996: 135 n.3).

16), constituye un punto álgido en la narración de prácticamente todos los historiadores de los hechos y hazañas del rey macedonio³.

En el presente artículo proponemos analizar los relatos de este hecho según las versiones de dos de estos historiadores: el romano Q. Curcio Rufo y el griego Arriano. Nuestra atención, sin embargo, no se centrará en el hecho heroico en sí mismo sino en dos *excursus* que ambos introducen, no casualmente, durante la narración del episodio. En ellos se proponen, siguiendo métodos diferentes, demostrar que es falsa la versión según la cual el general y *somatophylax* Ptolomeo, futuro rey de Egipto e historiador él mismo, fue quien salvó la vida de Alejandro en esa ocasión, haciéndose de esta forma merecedor del título de *Σωτήρ*, «salvador». Esta versión tuvo una gran difusión en la Antigüedad y fue recogida por autores como Pausanias o Plutarco:

Πτολεμαῖον δὲ λέγουσιν ἄλλα τε ἐν τῇ Ἀσίᾳ λαμπρὰ ποδείξασθαι καὶ Ἀλεξάνδρῳ κινδύνου ξυμβάντος ἐν Ὀξυδράκαις μάλιστα οἱ τῶν ἐταίρων μῦναι («Y dicen que Ptolomeo realizó hazañas brillantes en Asia y que fue, de los compañeros, el que más defendió a Alejandro cuando corrió peligro en el país de los Oxidracas», Paus. 1.6.2)⁴.

εἰ δὲ μὴ Πτολεμαῖος ὑπερέσχε τὴν πέλτην [...] ἔδει τάφον Ἀλεξάνδρου τὴν βάρβαρον ἐκείνην καὶ ἀνώνυμον κώμην γενέσθαι («Pero si Ptolomeo no me hubiese protegido con su escudo [...] necesariamente aquel bárbaro y anónimo poblado habría sido la tumba de Alejandro», Plu. *Mor.* 327b).

En sus digresiones, tanto Curcio como Arriano se plantean cuestiones importantes sobre el método histórico que empleaban y sobre el sentido crítico con que leían a sus fuentes. En el presente artículo, se utilizará una perspectiva narratológica para explorar con mayor detalle las diferentes concepciones e intenciones textuales e ideológicas que subyacen a cada uno de estos textos. Si bien la narratología⁵ suele emplearse para el análisis de textos ficcionales, es decir, más específicamente literarios, nada impide su aplicación a los textos históricos. Genette (1991: 65–93) destacó que la mayor parte de las categorías narratológicas de su modelo pueden encontrarse también en la historiografía, mientras que Bal (1990: 13) considera como «texto narrativo» a todo aquel en el que «un agente relate una narración». Para nuestra lectura de ambos pasajes también se tendrá presente la disciplina de los estudios del discurso,

³ El episodio es narrado en su totalidad por los siguientes autores: D. S. 17.98.3–17.99.4, Curt. 9.4.26–9.5.30, Plu. *Alex.* 63, Arr. *An.* 6.6.11, Iust. 12.9.

⁴ Todas las traducciones ofrecidas son del autor.

⁵ Definida sucintamente por Bal (1990: 11) como «la teoría de los textos narrativos».

especialmente la rama denominada «análisis crítico del discurso» (Van Dijk: 2001) que se propone desentrañar las formas de poder, dominio e ideología presentes detrás de muchos textos, haciendo visibles sus contextos sociales y políticos. Este marco metodológico nos permitirá obtener, en los pasajes en cuestión de Curcio y Arriano, importantes indicios sobre asuntos tan controvertidos como la idea de verdad en la Antigüedad, la reelaboración y reapropiación de las fuentes por parte de los historiadores y la construcción del discurso historiográfico.

2. La digresión de Curcio (Curt. 9.5.21)

No existe un consenso académico claro sobre los datos biográficos de Q. Curcio Rufo, ni de la época en que escribió las *Historiae*⁶, la única monografía extensa sobre Alejandro Magno escrita en latín que ha llegado hasta nuestros días. La mayoría de los estudiosos estima una fecha de escritura en torno a la segunda mitad del s. I d.C.; según algunos en el reinado de Claudio, según otros en el de Vespasiano, aunque se han propuesto también fechas más tardías (Baynham 1998: 201-219). La causa principal de esta falta de información se atribuye a la pérdida de los dos primeros libros del texto —incluyendo el prólogo, donde podrían haberse encontrado referencias históricas al contexto de escritura— y al hecho de que ningún autor antiguo incluya citas o referencias a las *Historiae*. Sin embargo, igualmente problemática para fijar una datación resulta la reticencia del narrador a mencionar por su nombre a otros historiadores. A diferencia de lo que suele suceder en la historiografía de Alejandro Magno, en este texto solo en dos pasajes se cita por nombre propio a las «fuentes» históricas. La digresión que sigue al episodio del acto de arrojamiento del rey es una de ellas, lo que otorga una relevancia aún mayor a este pasaje:

Ptolomaeum, qui postea regnavit, huic pugnae adfuisse auctor est Clitar-
chus et Timagenes; sed ipse, scilicet gloriae suae non refragatus, afuisse se,
missum in expeditionem memoriae tradidit. Tanta componentium vetusta
rerum monumenta uel securitas uel, par huic uitium, credulitas fuit («Cli-
tarco y Timagenes informan que Ptolomeo, que después fue rey, estuvo
presente en esa batalla; pero Ptolomeo mismo, que ciertamente no se iba a
oponer a su propia gloria, escribió que no estuvo presente, pues había sido

6 El título *Historiae* para el texto de Curcio fue fijado por Bardon (1961: 2) en su edición crítica a partir de los códices más antiguos, pero debe señalarse que muchos estudiosos posteriores continuaron refiriéndose a esta obra con su título tradicional de *Historiae Alexandri Magni*. Cf. Atkinson 1980.

enviado a una expedición. Tan grande fue la negligencia, o lo que es un defecto similar, la credulidad de quienes compusieron los antiguos libros de historia.» (Curt. 9.5.21)

Desde el punto de vista de la duración del relato, la digresión funciona como una pausa (Genette 1989: 155-160) en la que se detiene el ritmo de la narración, y en buena medida la acción toda, para postergar la resolución de la intriga. Funciona, de esta manera, como una transición entre dos escenas, es decir, entre pasajes en los que coincide el tiempo de la narración y el tiempo de la historia (Genette 1989: 151). En las escenas anteriores Alejandro se derrumba exhausto al ver llegar a los *somatophýlakes* que vienen en su rescate (Curt. 9.5.15-18), mientras que se difunde entre los soldados el rumor de la muerte del rey, que comienzan una cruel venganza matando a todos los indios de la ciudad (Curt. 9.5.19-20). La escena posterior al *excursus* (Curt. 9.5.22-30), única en el género de la historiografía dedicada al macedonio, muestra cómo es rescatado finalmente y el proceso de sanación de sus heridas focalizando el relato en la acción de los médicos, que buscan extraer la punta de flecha clavada en su pecho.

Sin embargo, en este análisis nos centraremos solo en la digresión. En ella, el narrador menciona explícitamente los nombres de tres historiadores: Clitarco, Timágenes, y el propio Ptolomeo, que aquí funciona en su doble carácter de personaje y de autor. Distingue a los dos primeros por transmitir la versión de que Ptolomeo participó en el combate —aunque no aclara si especifican algo más sobre el rol que cumplió allí— y los contrasta con la versión del entonces rey de Egipto, quien escribió que no había estado presente durante la acción. Continúa un reproche hacia los *uitia* de quienes compusieron las historias antiguas: concretamente, se censura la *securitas* (descuido, negligencia) y la *credulitas* (credulidad, exceso de confianza, ingenuidad) de estos autores. Si bien el reproche es bastante genérico, la mención de los nombres de Clitarco y Timágenes deja claro que ellos parecen ser los blancos de esta crítica.

Conviene poner en contexto a estos autores. Las obras de ninguno de los tres se han conservado hasta nuestro tiempo, salvo por breves fragmentos. De Ptolomeo, hijo de Lago, se hablará con más detalle en el transcurso de este artículo, pero deben hacerse algunas aclaraciones sobre su vida y sobre la historia que escribió. Era miembro de la aristocracia macedonia, participó en la expedición a Asia como general y hombre de máxima confianza de Alejandro y, tras su muerte,

fue gobernante de Egipto, primero como sátrapa desde 323 a.C. y con el título de rey desde 305 hasta su muerte en 283. Fue el fundador de la más duradera de todas las dinastías helenísticas, la de los Lágidas, que gobernó el país hasta la conquista romana en el 30 a.C. Existe consenso entre los estudiosos de que escribió su historia de Alejandro —cuyo título se ha perdido— estando ya a cargo del gobierno de Egipto. Sin embargo, la idea sostenida por muchos autores de que habría sido compuesta en su vejez, como una suerte de memoria militar con la finalidad de «rectificar» errores de otras versiones, comenzó a ser puesta en duda en las últimas décadas (Baynham 2003: 12). Errington (1969: 240–242) planteó que los fragmentos conservados de Ptolomeo serían tendenciosos, puesto que omitirían información sobre varios de sus rivales en las guerras de los Diádocos. Esto hizo que el estudioso supusiera una fecha de escritura muy temprana, quizás tanto como el año 320. Pero Roisman (1984) afirma correctamente que no es posible leer un texto conservado de manera fragmentaria a partir de sus omisiones, que podrían deberse a muchos otros motivos, por lo que la idea de una datación temprana perdería sus fundamentos. Sin embargo, este mismo autor admite que tampoco existen elementos para justificar la postura de una supuesta memoria o autobiografía destinada a fortalecer su posición política y que, dada la irregular conservación de la obra, es mejor no especular demasiado sobre su forma o su sentido (Roisman 1984: 384–385).

De Clitarco cabe señalar que fue el historiador de Alejandro más leído en toda la Antigüedad y que vivió en Alejandría de Egipto (Prandi 1996: 68). Se cree que su texto, titulado *Historias sobre Alejandro* (*Περὶ Ἀλέξανδρον Ἱστορίαι*) fue publicado hacia fines del s. IV o principios del III a.C., muy probablemente antes del de Ptolomeo. La tradición señala además que no participó en la expedición de Alejandro, si bien era contemporáneo de muchos que sí lo hicieron (Atkinson 1980: 65). El hecho de que este autor haya vivido en Alejandría llevó a algunos estudiosos como Pearson (1960) a vincularlo con la corte del propio Ptolomeo; sobre esta hipótesis, que no carece de problemas, se volverá más adelante. En Roma Clitarco fue admirado por su estilo, pero se lo consideraba poco fiel a los hechos, como señala un comentario del retórico Quintiliano: *Clitarchi probatur ingenium, fides infamatur* (Quint. Inst. 10.1.74). Timágenes, por su parte, vivió varios siglos después de Alejandro, pues fue contemporáneo de Augusto. Se cree que perteneció al círculo de Marco Antonio. Compuso una historia universal titulada *Acerca de los reyes*

(*Περὶ Βασιλέων*) que narraba la historia del mundo hasta los tiempos de Julio César. Era un autor de tendencia helenocéntrica, en tanto que creía en la superioridad cultural griego-helenística, y al parecer su historia no daba mucha centralidad a Roma, lo que le valió la fama — quizás injustificada — de ser antirromano (Sordi 1982). Por este motivo, Séneca lo critica abiertamente⁷ y se supone que es el autor al que Tito Livio llamaba *leuissimi ex Graecis* en su famoso *excursus* contrafáctico sobre la posibilidad de un enfrentamiento entre Alejandro Magno y la república romana⁸. De los relatos de estos tres autores, aun cuando su texto no haya llegado hasta nuestros días, los testimonios y fragmentos citados permiten suponer diferentes funcionamientos de sus respectivas voces narrativas. Mientras que el texto de título desconocido de Ptolomeo probablemente contaría con un narrador homodiegético, es decir, presente en la historia que narra, los otros se caracterizarían por tener narradores heterodiegéticos, es decir, ausentes de la historia contada (Genette 1983: 299). En efecto, Roisman (1984: 383–384) señala que una de las características más notables que pueden observarse en los fragmentos de Ptolomeo es una tendencia a la *autopsía*⁹ en el relato de ciertos episodios.

El narrador de las *Historiae*, pues, nombra a dos autores cuya fama, al menos entre el público romano era cuestionable: eran sin duda muy leídos, pero tenían poca estima, al menos entre los estudiosos, por su desapego por la verdad y la imparcialidad. Es de imaginar entonces que los reproches aparentemente genéricos de su digresión vayan dirigidos directamente a ellos. Sin embargo, debe tenerse presente que un recurso habitual del discurso historiográfico, desde sus mismos orígenes, consistía en reprochar la falsedad de los hechos narrados por autores anteriores. Como se ha encargado de señalar Wiseman (1993: 135ss), los historiadores muchas veces registraban estos relatos «falsos», pero bien reprochaban de manera explícita a sus antecesores por mentir, exagerar o embellecer demasiado los temas a los que se referían — tal como había hecho Polibio con sus rivales Filarco (Pol. 2.56.7–12) o Timeo

⁷ *Timagenes, felicitati urbis inimicus [...]* (Sen. Ep. 91.13).

⁸ *Leuissimi ex Graecis qui Parthorum quoque contra nomen Romanorum gloriae fauent* (Liv. 9.18.6). Quienes identifican a Timágenes como uno de estos griegos parten de este comentario de Livio para suponer una posible tendencia «filopártica» del autor (cf. Sordi 1982), algo por demás muy difícil de demostrar.

⁹ La noción de *autopsía* (αὐτοψία), fundamental en la concepción griega de la escritura de la historia, se analizará en más detalle en el siguiente apartado, a la hora de considerar el método histórico de Arriano.

(Pol.12.24) —, bien reproducían aquello que otros habían dicho previamente señalando que no necesariamente se debía dar crédito a ello para que, de esta forma, de manera implícita se entendiera que lo demás sí era digno de creerse¹⁰. En pocas palabras, puede decirse que esto era un recurso retórico necesario para que un narrador fundamentara su carácter (y su prestigio) de historiador a la hora de exponer su relato. De esta forma, podía declararse un autor de *historiae* antes que de *fabulae*, siguiendo la caracterización tradicional de los relatos que hacía la retórica romana, un tema sobre el que volveremos a centrarnos más adelante en este trabajo. En este sentido, el narrador de las *Historiae*, al cuestionar la *securitas* y la *credulitas* de quienes compusieron los *uetusta rerum monumenta*, responde a este lugar común retórico del género. Pero en contraste con la relativa ambigüedad que, tal como hemos señalado más arriba, a la hora de ejercer estos reproches, no queda ninguna duda de la opinión sobre Ptolomeo: este no podría oponerse a su propia gloria. Es por este motivo, que podríamos denominar de «verosimilitud interna», por lo que la autoridad del testimonio ptolemaico queda validada.

Si bien no es intención de este trabajo inmiscuirse en cuestiones estrictamente históricas, es importante señalar que los historiadores actuales especializados en Alejandro Magno coinciden en dar por cierto el dato de que Ptolomeo no estuvo presente en ese combate, porque se le habría ordenado liderar una fuerza de retaguardia descendiendo el río Acesines, en su confluencia con el Hidraotes (Bosworth 1988: 79–81); para confirmar este dato resulta fundamental un pasaje de Arriano (*An.* 6.5.6–7) en que se menciona este encargo. Más confuso resulta explicar los motivos de la versión divergente de los otros dos autores. Como señalamos más arriba, Pearson (1960: 214) supone que Clitarco habría sido miembro de la corte de Ptolomeo, partiendo de la información de que vivió en Alejandría, e incluso que habría escrito una historia tendenciosa que exaltaba sus logros; pero el único fundamento de esta suposición es el pasaje de Curcio que analizamos aquí. No hay ninguna otra evidencia para conjeturar la cercanía de Clitarco con la corte del rey Lágida, como señala correctamente Prandi (1996: 79–82). De igual forma, este pasaje de Curcio —y, en menor medida, el de Arriano que analizaremos en el apartado siguiente— llevó a otros estudiosos a

¹⁰ Una postura que el narrador de las *Historiae* adopta, recurriendo además a la primera persona del singular, en un pasaje del texto en que describe a los maravillosos perros del rey indio Sofites: *Equidem plura transcribo quam credo; nam nec affirmare sustineo de quibus dubito, nec subducere quae accepi* (Curt. 9.1.34)

suponer que la historia de Ptolomeo habría sido escrita con la intención de «refutar» errores de historias anteriores; sin embargo, no hay pruebas de que este haya negado explícitamente su participación en la batalla, pues tanto Curcio como Arriano podrían haber simplemente leído en la historia del Lágida que no estuvo presente en la batalla, y a partir de eso refutar las otras versiones (Roisman 1984: 383). Si bien de los fragmentos de los estos historiadores podemos deducir algunos datos importantes, es difícil extraer conclusiones definitivas, especialmente en lo que refiere a información fáctica.

Corresponde, resueltos estos problemas, volver al análisis narrativo-discursivo del pasaje de Curcio. Debe resaltarse un elemento importante: su construcción sintáctica. Lo encabeza el nombre del compañero de Alejandro, en acusativo, seguido por una oración de relativo en la que se aclara su futura condición: *qui postea regnavit*. Con este énfasis en su (posterior) carácter de rey, parece señalarse algo así como que un monarca no podría o no debería testimoniar en contra de su propio renombre. No parece importarle al narrador que Ptolomeo sea digno de confianza por su propia condición de monarca o por el hecho de ser, como hemos señalado, un narrador homodiegético, presente en los acontecimientos que relata. Más bien parece sugerirse que si un rey escribe *res gestae*, aunque estén dedicadas a otro personaje, por fuerza sufrirán una tergiversación a causa del deseo de glorificación del propio monarca. Una lectura atenta del contexto cultural e ideológico en que se inserta el narrador puede explicar esto. Señala Baynham (1998: 11-12) que uno de los temas centrales de las *Historiae* es el *regnum*, es decir, la condición monárquica, que al mismo tiempo horrorizaba y fascinaba a los romanos. El texto desarrolla una típica concepción romana (es decir, propia de la aristocracia romana en época republicana y temprano-imperial) en la que el *fortunatus dux* es corrompido moralmente por su propia fortuna, pero también por la condición de *tyrannus*. El relato de la expedición de Alejandro, en la versión de Curcio, demuestra cómo a medida que avanza en sus conquistas pasa de ser un *dux* (que tiene el título nominal de *rex* pero en verdad actúa como un *primus inter pares* con el resto de la aristocracia macedonia y la asamblea de los soldados) a convertirse en un verdadero déspota de estilo oriental, un *tyrannus*. Y al mismo tiempo que se produce esta evolución en la concepción de su poder político, tiene lugar una continua degradación moral de su propio carácter que se acrecentará hasta el momento de su muerte en Babilonia. Pero en el relato del narrador parece entreverse, además,

que esta degradación moral no afecta únicamente a Alejandro, sino a cualquier otro que asuma la condición monárquica, en tanto que se ve preso de la adulación de quienes lo rodean. Entonces, se plantea la confianza en el testimonio de un monarca solo en un sentido negativo: la palabra de Ptolomeo-narrador es verdadera porque un *rex* no desperdiciaría la oportunidad de engrandecer sus propias hazañas si así pudiera; solo ante una adulación o falsificación demasiado extrema o evidente este se vería forzado a negarse a reconocerlas¹¹.

Como indica Van Dijk (2003: 55–56), en la enunciación lingüística (el discurso) la ideología subyacente que funciona como contexto del texto puede aparecer habitualmente a través de algunas estructuras, principalmente en el significado semántico o en algunas formas sintácticas. En otro sitio del texto de las *Historiae* encontramos un indicio que nos permite leer en una luz diferente la digresión antes analizada, y que sugiere que el narrador enuncia en un contexto ideológico en el cual la condición de *rex* y la degradación de la *historia* entendida como «verdad» van de la mano. La pista para esto se encuentra en la presencia de una oración de relativo que ya hemos visto en el pasaje anterior. En el libro octavo se encuentra una anécdota sobre Lisímaco, otro de los generales de Alejandro que, tras su muerte, asumieron la diadema real:

Inter quas cum leo magnitudinis rarae ipsum regem inuasurus incurreret, forte Lysimachus, qui postea regnavit, proximus Alexandro uenabulum obicere ferae coeperat; quo rex repulso et abire iusso, adiecit tam a semet uno quam a Lysimacho leonem interfici posse. Lysimachus enim quondam, cum uenarentur in Syria, occiderat quidem eximiae magnitudinem feram solus, sed laeuo humero usque ad ossa lacerato, ad ultimum periculi peruenerat. Id ipsum exprobrans ei, rex fortius quam locutus est fecit; nam feram non excepit modo sed etiam uno uulnere occidit. Fabulam, quae obiectum leoni a rege Lysimachum temere uulgauit, ab eo casu, quem supra diximus, ortam esse crediderim. («Entre estas fieras, como un león de tamaño poco usual se lanzara hacia el rey en persona para atacarlo, Lisímaco, que después fue rey, encontrándose por casualidad cerca de Alejandro, comenzó a enfrentarse a la fiera con su venablo. Pero el rey lo rechazó y le ordenó irse, añadiendo que él solo podía matar a un león tan bien como Lisímaco. En efecto una vez Lisímaco, cazando en Siria, había matado él solo a una fiera de extraordinario tamaño, pero herido en el hombro izquierdo hasta el hueso, había corrido un

11 Tal como, según expone Luciano de Samosata, habría hecho el propio Alejandro Magno con el historiador Aristobulo (Luc. *Hist. Conscr.* 12.17). Pero aún en esta anécdota, el rechazo del rey se debe a que el exceso de adulación del historiador, que lo vuelve capaz de realizar grandes hazañas sin esfuerzos — como matar elefantes con apenas disparar un dardo —, disminuye más que engrandece la gloria del propio monarca.

peligro extremo. El rey, reprochándole esto mismo, actuó con más valentía de lo que había hablado, pues no sólo se enfrentó a la fiera, sino que la mató de un solo golpe. De este evento que hemos mencionado creo yo que tuvo origen la leyenda según la cual Lisímaco había sido expuesto temerariamente por el rey a un león».., Curt. 8.1.14-17)

El narrador, asumiendo aquí además la primera persona del singular, plantea sin mencionar nombres ni fuentes, solo recurriendo al verbo impersonal *uulgauit*, cómo este acontecimiento terminó por confundirse con otras anécdotas de cacería, para acabar degenerando en una leyenda (*fabula*) según la cual el rey macedonio habría expuesto peligrosamente a su compañero ante un león. En algunas versiones incluso se afirmaba que había sido encerrado en una misma habitación con la fiera¹². De nuevo encontramos una acotación digresiva del narrador en la que se propone señalar las falsedades o incorrecciones de sus antecesores; se trata en pocas palabras del mismo procedimiento discursivo que el empleado en la digresión arriba analizada. Sin embargo, se distinguen dos aspectos llamativos en este pasaje. El primero de ellos es la aparición de una construcción sintáctica similar a la que se observa en el pasaje sobre Ptolomeo: la frase comienza con el nombre propio del personaje en cuestión, aquí en caso nominativo, seguido de la oración de relativo *qui postea regnauit*. La presencia de una forma sintáctica que se repetirá en un contexto similar — cuando el narrador reprocha la difusión de anécdotas falsas sobre los sucesores de Alejandro que asumieron la diadema real — es demasiado llamativa como para no suponer que se está resaltando una condición especial de la persona a la que se nombra. Considera Van Dijk (1993: 70) que algunas estructuras sintácticas marcan los énfasis de los significados y que estos énfasis pueden tener implicaciones ideológicas: colocar una palabra al principio (el nombre propio de un compañero de Alejandro, en este caso) topicaliza el enunciado, mientras que la presencia de la oración de relativo que señala la posterior asunción del título de rey resalta el interés del narrador en asociar al personaje con las representaciones del *regnum* según la ideología romana.

El segundo elemento llamativo del pasaje es el uso explícito del término *fabula*. Cabe recordar que una larga tradición de la retórica romana, cuyos orígenes se remontan a la época helenística (Wiseman

¹² Estas anécdotas, en sus diferentes versiones, fueron transmitidas por varios historiadores y escritores, entre ellos Just. 15.3.6-10; Paus. 1.9.5; Plut. *Demetr.* 27.3; Sen. *Ira.* 3.17.2; Sen. *Clem.* 1.25.1; Val. Max. 9.3(ext).1; Plin. *Nat.* 8.23.

1993: 129–130), establecía una división tripartita de las narraciones en *fabula*, *argumentum* e *historia*¹³. De entre ellas, la *fabula* era la que no solo no era cierta, sino que además tampoco podía ser cierta por su poca semejanza con la realidad¹⁴. Respecto de las otras dos formas posibles, el *argumentum* era aquel que sin ser verdadero tiene verosimilitud¹⁵ —el ejemplo principal dado por los retóricos es la comedia— y la *historia* era la exposición de hechos que realmente ocurrieron¹⁶. Si consideramos esta clasificación de los relatos, el narrador de las *Historiae* parece señalar implícitamente cómo, en el caso de la anécdota con Lisímaco, el paso del tiempo, unido a la degradación moral asociada a la condición de rey produjo también una degradación de la narración, que pasó de *historia* a *fabula*. Aún cuando esto no se enuncie de una forma tan evidente, la repetición de formas discursivas, de temas y de estructuras sintácticas en la anécdota sobre Ptolomeo parece indicar que su opinión, en ese caso, es similar.

3. La digresión de Arriano (Arr. An. 6.11.2–8)

Mientras que sobre Curcio hay un notable vacío de datos biográficos, con Arriano ocurre todo lo contrario. Se sabe que nació a fines del s. I d.C. en Nicomedia, Bitinia, en el seno de una familia griega; que vivió por lo menos hasta el año 140 d.C. y que fue un prolífico autor no sólo de historia sino también de filosofía. Fue discípulo del estoico Epicteto, de quien transcribió sus discursos y escribió además un compendio de su doctrina. Del título de su obra, *Anábasis de Alejandro* (Ἀλεξάνδρου Ἀνάβασις) se infiere su admiración por Jenofonte, cuya *Anábasis de Ciro* tomó como modelo para escribir la historia de la expedición asiática de Alejandro. Por su parte, el propio Arriano contaba con una notable experiencia política y militar: fue general del ejército romano y gracias a su pertenencia al círculo íntimo del emperador Adriano —bajo cuyo reinado se supone que escribió la *Anábasis*— alcanzó a ejercer altos cargos en el gobierno romano. Fue cónsul en los años 129–130 y gobernó como procónsul las provincias de Bética y de Capadocia; tras su retiro

¹³ Esta clasificación de las *narrationes* se encuentra en *Rhet. Her.* 1.13; *Cic. Inu.* 1.27; *Quint. Inst.* 2.4.2.

¹⁴ *Neque ueras neque ueri similes continet res* (*Rhet. Her.*); *nec uerae nec ueri similes res continentur* (*Cic. Inu.*); *non a ueritate modo sed etiam a forma ueritate remota* (*Quint.*).

¹⁵ *Ficta res quae tamen fieri potuit* (*Rhet. Her.*; *Cic. Inv.*); *falsum sed uero simile* (*Quint.*).

¹⁶ *Gesta res, sed ab aetatis nostrae memoria remota* (*Rhet. Her.*; *Cic. Inu.*); *gesta rei expositio* (*Quint.*).

de la vida pública vivió en Atenas, donde recibió la ciudadanía y fue elegido arconte epónimo en el 146 (Sisti 2001: XI-XVI). Desde mediados del s. XIX, casi en coincidencia con el surgimiento de la escuela positivista de historiografía impulsada por Von Ranke, su texto —que hasta ese momento había tenido poca popularidad entre los estudiosos— pasó a gozar de gran fama entre los historiadores, puesto que se lo consideraba la más objetiva de todas las historias de Alejandro Magno que sobrevivieron de la Antigüedad. Sin embargo, a partir de los estudios de Bosworth (1976), se empezó a leer de manera más crítica su método histórico, que no carece de problemas en sus planteamientos ni está libre de parcialidades.

Encontramos también en el texto de Arriano un *excursus* historiográfico inmediatamente después del relato del acto heroico de Alejandro. En este sentido, se repite la modalidad discursiva propia del género de reprochar los errores o exageraciones de autores anteriores. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría en las *Historiae*, la digresión de la *Anábasis* es mucho más extensa y en ella el narrador se detiene a examinar otros errores en los relatos históricos de la acción heroica de Alejandro, más allá de la participación de Ptolomeo. Indica, por ejemplo, que los historiadores solían señalar que el combate tuvo lugar en territorio de los ksudrakas, cuando verdaderamente ocurrió en el país de los malavas (Arr. An. 6.11.3)¹⁷. Sin embargo, en su afán por advertir defectos, regresa a episodios cronológicamente anteriores: se detiene, por ejemplo, a discutir la ubicación exacta del sitio en que tuvo lugar la batalla final de las tropas de Alejandro con el rey persa Darío III (Arr. An. 6.11.4–6). Pero el fragmento de mayor interés para nuestro análisis es el que dedica a la cuestión de la participación del futuro rey de Egipto en el combate narrado:

τὸ δὲ δὴ μέγιστον πλημμέλημα τῶν ξυγγραψάντων τὰ ἀμφὶ Ἀλέξανδρον ἐκεῖνο τίθεμαι ἔγωγε. Πτολεμαῖον γὰρ τὸν Λάγου ἔστιν οἱ ἀνέγραψαν ξυναναβῆναί τε Ἀλεξάνδρω κατὰ τὴν κλίμακα ὁμοῦ Πευκέστα καὶ ὑπερασπίσαι κειμένου, καὶ ἐπὶ τῷδε Σωτῆρα ἐπικληθῆναι τὸν Πτολεμαῖον: καίτοι αὐτὸς Πτολεμαῖος ἀναγέγραφεν οὐδὲ παραγενέσθαι τούτῳ τῷ ἔργῳ, ἀλλὰ στρατιᾶς γὰρ αὐτὸς ἡγούμενος ἄλλας μάχεσθαι μάχας καὶ πρὸς ἄλλους βαρβάρους («Pero considero que el error más grande de todos los que escribieron acerca de Alejandro es el siguiente. Algunos dejaron registro de que Ptolomeo, hijo de Lago, subió la escalera con Alejandro al igual que Peucestas y que lo cubrió con su escudo cuando yacía herido en tierra y que por esto recibió el sobrenombre de

¹⁷ La confusión entre ambos pueblos era habitual entre griegos y romanos, cf. *supra* n. 2.

‘Salvador’. Y, sin embargo, el propio Ptolomeo escribió que no estuvo presente en esta acción, sino que estaba al frente de sus propios ejércitos combatiendo en otras batallas y contra otros bárbaros», Arr. An. 6.11.8)

Desde el punto de vista de la construcción narratológica, puede hacerse una comparación con el *excursus* de las *Historiae*. Allí la digresión funcionaba como una pausa narrativa, que mantenía la tensión del relato, pues estaba colocada en medio de dos escenas. En cambio, en la *Anábasis*, la digresión aparece inmediatamente después de que el narrador relate la curación de Alejandro, que en cuanto a su duración es presentada no como una escena sino como un sumario (Genette 1989: 151–155), es decir, como un relato acelerado en el que el tiempo de la narración es mucho menor que el tiempo de lo narrado. Así pues, la digresión en la *Anábasis* es una pausa narrativa que se limita a cumplir una función informativa, sin añadir suspenso adicional u otros efectos en la duración del relato.

Encontramos entonces en el texto el motivo recurrente del reproche a los errores y descuidos de los historiadores anteriores, que en este caso son mencionados de manera más genérica, sin nombres propios. Pero el narrador informa de muchos más datos que el de las *Historiae*. No solo se discute la presencia de Ptolomeo en el combate sino también otros detalles, como el hecho de que este habría subido al muro junto con Alejandro y lo habría protegido con su escudo cuando estuvo en peligro de muerte, un relato que coincide con el testimonio de Plutarco (cf. *supra*). Más aún, también se explica que según esta versión, el futuro rey de Egipto habría recibido el título de Σωτήρ (salvador) por haber salvado en esa ocasión la vida del rey macedonio. Sin embargo, es sabido que dicho título le fue otorgado mucho después, cuando asumió la diadema real de Egipto en el año 305 a.C.

El narrador de la *Anábasis* apela, al igual que el de las *Historiae*, al testimonio de la propia historia escrita por Ptolomeo, en la que este afirmaba no haber estado presente en la batalla puesto que estaba al mando de sus tropas en otra región, combatiendo contra otras tribus indias. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedía en el otro texto, no parece encontrarse aquí ninguna argumentación del narrador para justificar la validez o la autoridad del relato de Ptolomeo. Esto se debe a una razón muy concreta: dicha justificación se encuentra en el prólogo de la obra, es decir, en su mismo comienzo:

Πτολεμαῖος ὁ Λάγου καὶ Ἀριστόβουλος ὁ Ἀριστοβούλου ὅσα μὲν ταῦτ᾽ ἄμφω περὶ Ἀλεξάνδρου τοῦ Φιλίππου συνέγραψαν ταῦτα ἐγὼ ὡς πάντῃ ἀληθῆ

ἀναγράφω [...] ἐμοὶ Πτολεμαῖός τε καὶ Ἀριστόβουλος πιστότεροι ἔδοξαν ἐς τὴν ἀφήγησιν, ὁ μὲν ὅτι συνεστράτευσε βασιλεῖ Ἀλεξάνδρῳ, Ἀριστόβουλος, Πτολεμαῖος δὲ πρὸς τῷ ξυστρατεῦσαι ὅτι καὶ αὐτῷ βασιλεῖ ὄντι αἰσχρότερον ἢ τῷ ἄλλῳ ψεύσασθαι ἦν («De todo lo que Ptolomeo, hijo de Lago, y Aristobulo, hijo de Aristobulo, escribieron acerca de Alejandro, hijo de Filipo, yo transcribo aquello en que ambos coinciden, dándolo todo por verdadero. [...] pero en mi opinión Ptolomeo y Aristobulo son los más creíbles en su relato, Aristobulo porque participó en la expedición junto con el rey Alejandro, Ptolomeo porque, además de haber participado también, siendo él mismo rey habría sido más deshonroso que para cualquier otro el acto de mentir», Arr. An. 1 pr.)

En las primeras líneas, el narrador expone lo que podríamos denominar su método histórico. Considera como hechos verdaderos todo aquello en lo que coincidan los relatos de los dos historiadores a los que considera más creíbles en su relato (*πιστότεροι ... ἐς τὴν ἀφήγησιν*) a los que señala con su nombre y patronímico: Aristobulo, hijo de Aristobulo, y Ptolomeo, hijo de Lago. Luego justifica su elección. En primer lugar, estos dos autores han sido testigos de primera mano de los acontecimientos que narran. Si nos atuviéramos, como señalamos antes, a la terminología narratológica, debemos suponer entonces que sus historias contaban con narradores homodiegéticos, que forman parte como personajes (aunque menores) de la historia que narran, frente a los narradores heterodiegéticos de los relatos de Clitarco y Timágenes (Genette 1983: 299). En este aspecto, Arriano, como buen historiador griego, se enmarca en la tradición helénica de la *autopsía* (*αὐτοψία*) como elemento central del método histórico. Esta idea, desarrollada primero por Heródoto y consolidada después por Tucídides, hacía de la vista (*ὄψις*), es decir, del testimonio ocular, la prueba última de verdad (Schepens 2007: 42–48). Como más de cuatro siglos separaban a Arriano de las *res gestae* de Alejandro, el recurso de la propia *autopsía* resultaba imposible a efectos prácticos; sin embargo, el hecho de que dos autores como Ptolomeo y Aristobulo hayan sido testigos oculares de los acontecimientos que narran les otorga, en la concepción griega de la historia, una credibilidad superior a la de los demás. Esto, por supuesto, es apenas la percepción de Arriano. Recientemente Squillace (2018: 133–135), partiendo del análisis de los fragmentos citados por el historiador de Nicomedia, planteó que el texto de Aristobulo preservaba la «propaganda oficial» de la expedición de Alejandro, mientras que la historia de Ptolomeo se propondría ofrecer, al menos en algunos pasajes, una perspectiva más cercana a la realidad, probablemente con el fin de ganarse la simpatía para su proyecto cultural de la escuela peripatética,

con la que Alejandro se había enemistado tras el asesinato de Calístenes, sobrino de Aristóteles e historiador oficial de la expedición asiática.

Pero además de la *autopsía*, el narrador de la *Anábasis* menciona un segundo motivo de fiabilidad, que alcanza solo a uno de los autores, a Ptolomeo. Para ello, remite a su condición de rey señalando que para alguien que alcanzara la diadema real sería más digno de vergüenza, más deshonroso (*αἰσχρότερον*) el acto de mentir (*ψεύσασθαι*). Encontramos dos claros contrastes con lo que sucedía con la institución monárquica en las *Historiae*. En el texto del narrador romano la condición de rey (de Ptolomeo, pero también la de Lisímaco) era mencionada de manera sucinta, con una oración de relativo, y se presuponía —siguiendo la lectura que propusimos en la sección anterior— que degradaba antes que validaba un testimonio determinado, por lo que la fiabilidad debía buscarse en otros motivos. En la *Anábasis*, en cambio, la condición de rey es señalada de forma explícita por el narrador como una forma de autoridad que otorga confianza, validez al testimonio. Que un rey mintiera, nos dice, sería siempre algo deshonroso. Para este narrador no es importante, como lo era para el de las *Historiae*, analizar la «lógica interna» o la «verosimilitud narrativa», por así decir, del testimonio. En este ejemplo, es la condición misma del monarca lo que convierte a sus palabras en una forma de verdad de manera intrínseca. De esta manera, se encuentra una valoración claramente positiva de la figura del monarca como narrador y como testigo digno de confianza.

Esta valoración, que hace del rey una suerte de «narrador ideal» o «testigo ideal», es desde luego la expresión discursiva de una posición ideológica en su estrategia más básica, consistente en poner énfasis en los aspectos positivos del propio campo (Van Dijk 2003: 57–58). Señala Bravo García (1982: 67–69) que el trasfondo de este argumento en favor de la credibilidad del monarca podría encontrarse en algunas lecturas de las doctrinas cínico-estoicas que concebían la existencia de un «rey ideal»¹⁸ que encarnara un cierto ideal panhelénico y cosmopolita y aspirara incluso a una relativa superación de las barreras entre griegos y bárbaros; ideales todos que tuvieron una gran difusión en época helenística (Bravo García 1982: 52–56). También indica el estudioso que la reaparición, en una obra de Sinesio de Cirene escrita muchos años después, de la misma frase sobre la credibilidad referida a Ptolomeo para hacer mención a una anécdota menor que no se encuentra en la

¹⁸ Que no pocos autores habían intentado asociar a la figura del propio Alejandro, como el historiador cínico Onesícrito.

Anábasis podría indicar que el argumento se encontraba en una fuente común utilizada por ambos autores. Sin embargo, más allá de cuestiones de crítica textual o de posibles lecturas filosóficas, es posible leer en el argumento del rey como narrador ideal, desde la perspectiva del análisis crítico del discurso, una manifestación del contexto ideológico-cultural en el texto. La monarquía, en un entorno griego imperial de herencia helenística, estaba vista con luces mucho más positivas, pues el *basileus*, después de tantos siglos de ser la institución central en el Mediterráneo oriental griego, no era necesariamente visto con el grado de sospecha y temor con que se concebía al *rex* en el contexto cultural romano de los primeros años del principado. Si bien Arriano participaba activamente, como muchos otros griegos, en la administración romana, no podía desprenderse tan fácilmente de su bagaje cultural helénico. Mucho menos cuando debía a ello, probablemente, el participar del círculo íntimo de un emperador filoheleno como Adriano. Además, la progresiva naturalización de la institución del principado hacia el s. II d.C. hacía mucho más aceptable una revalorización incluso «moral» de la monarquía, algo todavía muy difícil de aceptar en el momento de escritura de las *Historiae*.

4. Conclusiones

En los textos de Curcio y de Arriano, se encuentran digresiones de carácter historiográfico que además remiten a un mismo episodio del relato. En los dos pasajes, los narradores asumen un motivo tópico del discurso historiográfico en la Antigüedad, que implicaba la necesidad de criticar los errores, mentiras o exageraciones de sus predecesores, de las fuentes. Los dos narradores se proponen revisar un error repetido por sus antecesores en la profesión apelando a la autoridad de un determinado historiador, Ptolomeo, que además es en este caso un personaje directamente involucrado en los hechos que narra, es decir, un narrador homodiegético según la terminología del análisis narratológico.

Sin embargo, aquí terminan las coincidencias. La argumentación utilizada por los dos narradores para validar la autoridad de Ptolomeo en tanto que narrador difiere notablemente, lo cual responde a diferencias ideológicas y culturales (es decir, contextuales) que se manifiestan en el texto de diversas maneras. El narrador de las *Historiae* está imbuido en la ideología romana según la cual el *regnum*, entendido como el ejercicio del poder unipersonal de manera despótica, es algo claramente

negativo: el *rex* es siempre un *tyrannus*. Es por ello por lo que, como hemos demostrado en nuestro análisis, parece sugerir mediante ciertos usos sintáctico-semánticos que, de la misma manera que la condición de rey degrada moralmente a las personas —uno de los temas principales de las *Historiae* (Baynham 1998: 11-12)—, también los relatos creados alrededor de una figura monárquica están predestinados a sufrir una corrupción, a pasar de *historiae* a *fabulae*, pues en última instancia solo pretenden ensalzar la gloria personal del rey. La comparación de la digresión sobre Ptolomeo con otra similar sobre Lisímaco, en la que se encuentran recursos similares, nos permite confirmar esta hipótesis de lectura. Por todo esto, para el narrador de las *Historiae* la autoridad del testimonio del rey de Egipto debe buscarse en motivos intratextuales, es decir, en la «verosimilitud interna» de su propio relato: este no podría dejar pasar una oportunidad de engrandecer su propia gloria si no tuviera un buen motivo para hacerlo.

Con el narrador de la *Anábasis*, en cambio, sucede algo muy diferente. Por un lado, se inserta explícitamente en una tradición historiográfica que destaca la importancia de la *autopsía* como método, algo que estaba solo ligeramente insinuado en las *Historiae* con la mención del nombre de dos historiadores que no habían sido testigos en primera persona de la expedición de Alejandro. Pero, por otra parte, adopta una postura diametralmente opuesta a la del narrador romano, puesto que entiende la condición de monarca como algo claramente positivo, que otorga a Ptolomeo una suerte de distinción como «testigo ideal», como narrador digno de la máxima confianza, una condición que se alcanza por motivos extratextuales. Esto es la manifestación discursiva de una ideología griega imperial, asiática en su contexto geográfico, de fuerte influencia helenística, y adaptada también a la evolución de la institución del principado en el s. II d.C., en la que la figura del *basileus* era concebida con una carga semántica mucho menos negativa que la del *rex* en Roma.

Referencias bibliográficas

- ATKINSON, J.E. (1980) *A Commentary on Q. Curtius Rufus Historiae Alexandri Magni. Books 3 and 4*, Ámsterdam-Uithoorn, J.C. Gieben
- BAL, M. (1990) *Teoría de la narrativa. Una introducción a la narratología*, Madrid, Cátedra.
- BARDON, H. (1966) *Quinte-Curce. Histoires*, París, Les Belles Lettres.

- BAYNHAM, E. (1998) *Alexander the Great. The Unique History of Quintus Curtius*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- BAYNHAM, E. (2003) «The Ancient Evidence for Alexander the Great», en J. Roisman (ed.), *Brill's Companion to Alexander the Great*, Leiden/Boston, Brill, 3-29.
- BOSWORTH, A.B. (1976) «Errors in Arrian», *Classical Quarterly* 26, 117-139.
- BOSWORTH, A.B. (1988) *From Arrian to Alexander. Studies in Historical Interpretation*, Oxford, Clarendon Press.
- BOSWORTH, A.B. (1996) *Alexander and the East. The Tragedy of Triumph*, Oxford, Oxford University Press.
- BOSWORTH, A.B. (2003) «The Indian Campaigns, 327-325 BC», en J. Roisman (ed.), *Brill's Companion to Alexander The Great*, Leiden/Boston, Brill, 159-168.
- BRAVO GARCÍA, A. (1982) «Introducción» en A. Guzmán Guerra, *Arriano. Anábasis de Alejandro Magno. Libros I-III*, Madrid, Gredos, 7-95.
- ERRINGTON, R.M. (1969) «Bias in Ptolemy's History of Alexander», *Classical Quarterly* 19, 233-242.
- GENETTE, G. (1989) *Figuras III*, Madrid, Lumen.
- GENETTE, G. (1991) *Fiction et diction*, París, Éditions du Seuil.
- PEARSON, L. (1960) *The Lost Historians of Alexander the Great*, Nueva York/Oxford, American Philological Association-Blackwell.
- PRANDI, L. (1996) *Fortuna e realtà dell'opera di Clitarco*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag.
- ROISMAN, J. (1984) «Ptolemy and His Rivals in His History of Alexander», *Classical Quarterly* 34, 373-385.
- SCHEPENS, G. (2007) «History and Historia: Inquiry in the Greek Historians», en J. Marincola (ed.) *A Companion to Greek and Roman Historiography*, vol. 1, Malden/Oxford, Blackwell, 39-55.
- SISTI, F. (2000) «Introduzione», en F. Sisti *Arriano. Anabasi di Alessandro*, vol. I, Roma/Milán, Fondazione Lorenzo Valla/Arnoldo Mondadori Editore, XI-LXV.
- SORDI, M. (1982) «Timagene di Alessandria: uno storico ellenocentrico e filobarbaro», *ANRW II* 30.1, 775-797.
- SQUILLACE, G. (2018) «Alexander after Alexander: Macedonian Propaganda and Historical Memory in Ptolemy and Aristobulus' Writings», en K.R. Moore (ed.), *Brill's Companion to the Reception of Alexander the Great*, Leiden/Boston, Brill, 119-139.
- VAN DIJK, T.A. (2001) «Critical Discourse Analysis», en D. Schiffrin *et al.* (eds.), *The Handbook of Discourse Analysis*, Malden/Oxford, Blackwell, 352-371.
- VAN DIJK, T.A. (2003) *Ideología y discurso*, Barcelona, Ariel.
- WISEMAN, T.P. (1993) «Lying Historians. Seven Types of Mendacity», en C. Gill & T.P. Wiseman (eds.), *Lies and Fiction in the Ancient World*, Exeter, University of Exeter Press, 38-87.



SOCIEDAD ESPAÑOLA
DE ESTUDIOS CLÁSICOS

*<http://estudiosclasicos.org>
estudiosclasicos@estudiosclasicos.org*